El consumo de carne de vacuno

Evolución y estudio comparativo

Antonio Paz Sáez

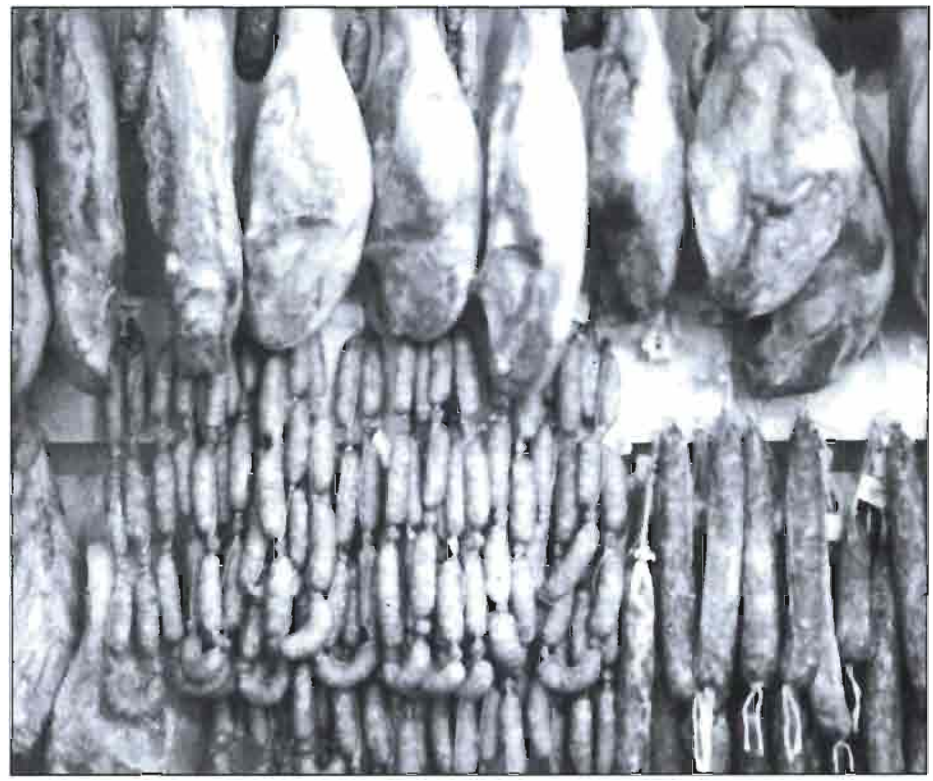
En el consumo global de carne en los países desarrollados hay que distinguir la proporción correspondiente a productos elaborados, y la que se consume en forma fresca, entendiendo por tal que no ha sido sometida a ningún proceso de transformación.

Para la primera forma, en nuestro país, la carne de cerdo cubre un mínimo del 85% respecto al total de la producción nacional de elaborados cárnicos: en cuanto a la carne fresca, por orden cuantitativo se daría una secuencia: aves (el 90% broiler), cerdo, vacuno, ovino, conejo, caprino, équidos y caza.

Ciertamente la evolución socioeconómica determina ciertas orientaciones del consumo, en la que los elaborados cárnicos han venido suponiendo proporciones crecientes. No obstante, hay que señalar, por un lado, que las formas de consumo constituyen, en gran parte, una expresión cultural de los grupos sociales, lo que es causa de diferencias, tanto en lo que corresponde al producto mismo, como a la forma de consumirlo. Esto fue señalado para el jamón curado por Ferrer Falcon (1989) y es bien sabido la relación entre el consumo de productos cárnicos tales como salchichas y hamburguesas y determinados tipos de vida.

Por otra parte, la misma evolución socioeconómica introduce una propensión a la uniformidad en las formas de vida, lo que de forma directa e indirecta incide en el tipo de consumo. De aquí, que, sin contradicción con lo dicho más arriba, los tipos regionales (salvo el caso de la sobrasada) no hayan logrado una expansión total, e incluso lleguen a retroceder en su ámbito, mientras van prosperando formas de elaborados industrialmente tipificados.

Sin embargo, el consumo de carne fresca resulta capital desde el momento que constituye parte fundamental en los consumos familiares (gran parte de los elaborados se consumen fuera del hogar) representados por las comidas principales según nuestro hábitos, y que vienen a suponer el mayor volumen en el consumo global de carne (no consideramos lo relativo al gasto en carne porque ello refleja la tensión de precios).



En España la carne de cerdo cubre un mínimo del 85% respecto al total de la producción de elaborados cárnicos.

Cuadro I

Consumos unitarios (kg/habitante/año) de carne total. España y CEE (1981-1991)

Año	España	CEE
1981	65,9	—
1982	68,9	—
1983	68,1	—
1984	67,3	—
1985	67,3	78,9
1986	67,0	80,9
1987	67,9	82,3
1988	67,6	84,5
1989	67,0	84,1
1990	66,2	87,9
1991	68,9	—

Anteriormente a 1985, no es muy aconsejable la comparación.

En primer lugar hay que señalar que el consumo de carne ha venido teniendo un fuerte crecimiento —medido en unidades físicas— de tal manera que en el período 1960-1970 el aumento fue del 126% (1960-100); lo que muestra, por una parte, el bajo consumo de que se partía. Por otra parte, indica el cambio alimentario consecuente al incremento de ingresos tenido por la población española en la época (66,1%, aproximadamente, en ptas. contantes).

En el siguiente decenio 1970-1980, el consumo total de carne tuvo un crecimiento del 43,8%, expresión del nivel de consumo alcanzado (64,5 kg per cápita en 1980), y de irregularidades en la situación económica del período.

Para el período 1980-90, las cifras aún son provisionales, y, en parte, precisan una cierta homogeneización, por

lo que es necesario una estimación que, eventualmente, puede situarse en el 17,82%.

Pese a este crecimiento, nada despreciable, hay que señalar dos hechos:

a) El consumo unitario nacional de carne total es inferior al promedio comunitario que para 1990 puede estimarse alrededor del 24-25%.

b) Mayor interés tiene aquí la estructura interna del consumo cárnico que, por lo pronto, difiere del promedio comunitario en el sentido de que en éste es claro el dominio del vacuno y porcino, y el alto consumo de carne de pollo por parte española.

El cuadro I muestra la evolución de los consumos unitarios anuales de carne total, pero sobre el que conviene puntualizar:

1.º Las cifras dadas por fuentes de solvencia, difieren entre sí y en ocasiones de manera sensible.

2.º Las fuentes oficiales con sus ajustes (véase el consumo de carne de ovino, por ejemplo), cambios metodológicos y tabulación diferente, dan cifras que hay que recoger con cierta reserva.

3.º En muchos aspectos, no interesa tanto la cifra concreta como la tendencia cronológica.

Por lo pronto para el período 1985-1990, el consumo total de carne en España vino a suponer unos 15,9 kg menos por persona, lo que porcentualmente representa un promedio del 19% en la media del período; pero esto mismo precisa ser matizado:

1.º Entre los países de la CEE-12 se dan desviaciones significativas respecto a la media comunitaria (véase Francia y Grecia, por ejemplo).

2.º Para el consumo de carne las variables explicativas fundamentales vienen dadas por renta y precios, sin embargo queda un factor residual, en gran parte dado por motivos culturales que justifica la existencia de las formas gastronómicas concretas, y, por lo tanto, el tipo de consumo.

En razón de esto resulta del mayor interés conocer la estructura interna del consumo cárnico, lo que expresamos en el cuadro II (excluyendo conejo, equino y caza).

Cuadro II

Consumo de carne por especies (kg/cabeza/año), en España y la CEE

Año	España				CEE			
	Vacuno	Porcino	Ovino	Aves	Vacuno	Porcino	Ovino	Aves
1981	12,10	27,30	3,70	22,80	—	—	—	—
1982	11,90	30,70	3,70	22,70	—	—	—	—
1983	11,60	30,50	3,50	22,50	—	—	—	—
1984	11,30	31,40	3,60	21,00	—	—	—	—
1985	11,30	31,40	3,60	21,00	23,40	36,70	3,60	15,20
1986	11,50	30,30	3,40	21,80	23,40	37,60	3,70	16,20
1987	11,60	30,00	5,70	20,60	23,30	38,40	3,70	16,90
1988	11,70	30,20	5,70	20,20	23,50	39,50	3,90	17,60
1989	11,40	30,40	5,60	20,20	23,70	39,00	3,90	17,50
1990	11,20	30,50	5,30	20,00	24,30	40,50	4,10	17,00
1991	12,20	31,60	5,40	20,50	—	—	—	—

Fuente: Elaborada sobre datos del MAPA y del Eurostat.

Cuadro III

Proporciones (%) del consumo de carne de vacuno y ave en España y la CEE, respecto al de carne total

Año	Vacuno		Ave	
	España	CEE	España	CEE
1985	16,8	29,7	31,2	19,3
1986	17,2	28,9	32,5	20,0
1987	17,0	28,3	30,3	20,5
1988	17,3	27,8	29,9	20,8
1989	17,0	28,2	30,1	20,8
1990	17,0	27,6	30,5	21,6
1991	17,7	—	29,7	—

Fuente: Elaborada sobre datos de los cuadros II y III.

Por lo pronto, lo primero que se percibe es que en el período 1985-1990, el promedio del consumo español de carne de las cuatro especies reseñadas (sin despojos) difiere en 15,9 kg/cabeza/año, sobre el promedio de la CEE-12, y que la diferencia se va incrementando, ya que en 1986 (año de entrada en la CEE) fue de 13,9 kg, mientras en 1990 fue de 21,7 kg.

Por otra parte, el consumo nacional se presenta de crecimiento más reducido y fluctuante que el comunitario, lo que ya parece apuntar a la existencia de condiciones propias del consumo.

En el orden estructural, lo más resaltable es la alta participación de la carne de ave y lo reducido de la de vacuno respecto al promedio comunitario, puesto que el consumo español de esta carne llega al 60% del que se da como media de la Comunidad; es decir la variación es bastante mayor para el consumo de carne de vacuno, que para el total de carne (sin incluir despojos).

El consumo comparado de vacuno y ave (esencialmente pollo, puesto que el tradicional consumo europeo de palmípedas ha venido decreciendo) se muestra en el cuadro III.

La consecuencia es que el consumo cárnico nacional español viene asentado sobre la carne de cerdo y ave (el 75,6% en 1991), mientras la CEE presenta la mayor proporción de su consumo entre la de cerdo y vacuno (el 73,7% en 1990), lo que aún es más ostensible en los países del norte de la Comunidad.

En uno y otro caso la posición preminente de la carne de cerdo —hábitos y tradiciones aparte— se debe al doble hecho de que la carne de cerdo permite una oferta más diversificada por la elaboración de productos derivados, y más bajo precio unitario al consumo.

El consumo cárnico nacional viene asentado sobre la carne de cerdo y ave, mientras la CEE presenta la mayor proporción de su consumo entre la de cerdo y vacuno.

En el caso de la carne de vacuno, las diferencias en la cuantía de los consumos español y comunitario, reflejan en gran parte las distintas condiciones de la producción, en alto grado expresión de las respectivas condiciones infraestructurales.

Examinando la serie cronológica del consumo nacional de carne de vacuno a partir de 1970, se pone de relieve una gran estabilidad, ya que exceptuando las cifras correspondientes a 1975-1978 por admitir serias dudas, el rango estadístico sería de 0,48 kg; sin embargo la serie secular muestra una tendencia creciente: véase que el promedio de consumo en el período 1960-1968 fue de 7,63 kg, mientras que en el de 1983-1991, ascendió a 11,53 kg; es decir, un crecimiento de 3,90 kg entre los promedios de ambos períodos.

No obstante, el primer período es el verdaderamente dinámico, con un incremento en el período del 77,7%, mientras en el segundo, y considerando benévolamente, sólo llegaría al 7,9%; y aún más puesto que en el primer período el crecimiento es continuo y con sensibles incrementos interanuales lo que no sucede en el segundo, en el que la fluctuación y los aumentos reducidos es la norma.

Esta diferente dinámica evolutiva se debe a que en los años finales de la década de los años 50, el nivel de consumo era bajo (18 kg de carne total en el promedio del período 1953-56), pese a que en aquel tiempo la carne de cerdo y vacuno suponían alrededor del 90% del consumo cárnico.

En esta situación se va dando una sucesiva elevación de la renta per cápita (31,4% entre 1951 y 1959, ptas. constantes y el 66,1% entre 1965 y 1975), constituyendo el motor básico del cambio de orientación en el consumo alimentario tradicional, y determinando una fuerte propensión al consumo de carne, siendo la de vacuno la de mayor preferencia, lo que, a su vez, origina una sensible elevación de precios, tanto más cuanto que la producción nacional se vino mostrando bastante inerte. Ante el sostenimiento de los incrementos de ingresos se crea una coyuntura favorable a la producción animal, con una concomitante tensión de precios, lo que origina:

1.º Un sensible movimiento de importación (en el período 1962-69, el 84,5% de toda la carne importada correspondió a la de vacuno, el 69% de la cual en forma congelada), tratando de paliar el alza de precios.

2.º Se constituye la base para la aparición de la llamada ganadería intensiva, que comenzando por el pollo desde los comienzos de los años 60, desemboca en los cebaderos de rumiantes, que por lo que corresponde a los terneros se vieron propiciados por la normativa de Acción Concertada, y desde 1970 con la elevación del precios de garantía. El resultado fue, no sólo un aumento en la producción de carne de vacuno, sino que la aparición masiva de añojos supuso una mejora cualitativa bastante extendida por el consumo desde el momento que, ya desde el comienzo, la carne de añojo ha venido suponiendo el mayor volumen de todas las categorías (ternera, añojo, menor y mayor).

De forma resumida ello fue la causa del destacado aumento del consumo entre 1968 y 1974 (26,4%) que se acompañó de una mejora cualitativa, paralelamente al aumento del consumo total de carne.

En el período más inmediato (1976-1993), cambia el escenario:

En primer lugar, el consumo total de carne rebasó ya los 60 kg/cabeza/año, por lo que los relativamente altos valores de la elasticidad de la renta calculados por el antiguo Departamento de Economía Agraria del CSIC, tuvieron que decrecer. En cuanto propiamente a la carne de vacuno, aunque los nive-

HIPRA
LABORATORIOS HIPRA, S.A.
AVDA. LA SELVA, S/N - 17170 AMER
(GIRONA) - SPAIN - TEL. (972) 43 08 11
TELEX 57341 HIPR E - FAX (972) 43 08 03
TEL. INTER. (3472) 43 08 11 - FAX INTER. (3472) 43 08 03
Prevenga su futuro
con
productos HIPRA
Safeguard your future
with
HIPRA products
Prevoyez le futur
avec des
produits HIPRA
COLISUIN -CL
HIPRALON ENRO
KIPRACINA 200
TOXIPRA PLUS
OVIVAC-CS
NEOMASTIPRA -DRY
HIPRAVIAR
HIPRALONA ENRO-S
HIPRABOVIS-3
HIPRABOVIS-4
HIPRAVIAR TRT-4
HIPRAVIAR-ILT
1 000 dosis

les absolutos quedaban lejos de los países de la Europa occidental, la superación de los 11 kg per cápita hizo que el valor del coeficiente de elasticidad-ingreso, que para el período 1965-1970 podía estimarse próximo a 1 (Paz Sáez 1976), y ampliamente mayor para la carne de ternera, tuvo que tener una reducción, aunque la propensión del consumo hacia el vacuno siguió siendo fuerte (quizá la más alta de todos los alimentos frescos de consumo ordinario).

En segundo lugar, la situación económica tuvo un cambio significativo por el que, en una primera fase, disminuyen los incrementos que los ingresos de la población española habían venido teniendo, y con posterioridad, desde 1977, la renta per cápita en términos reales va decreciendo, empeorando la coyuntura por el concomitante aumento del paro (a efectos del PIB, el efecto todavía resulta mayor si se consideran las jubilaciones anticipadas —reconversión industrial— y la baja en la edad legal de jubilación).

En tal situación, y pese a la mejora relativa de la economía en el período 1986-1991, el efecto de los precios relativos deja sentir toda su acción, y a este respecto hay que señalar cómo la acción sustitutiva fundamental se establece de forma triangular entre las carnes de vacuno, porcino y pollo (Rodríguez Zúñiga y col. 1976).

Este hecho se basa en que los sistemas de producción animal intensificada rápidamente desarrollados para pollo y cerdo (por ese orden cronológico), permiten trabajar a costes decrecientes en términos reales, y aunque el sistema distributivo en gran parte bloquea la transmisión de la baja de costes de los precios al consumo, estos para el pollo y el cerdo se han visto favorecidos frente a la carne de rumiantes.

Puede verse (Paz Sáez y col. 1989) como entre 1977 y 1988 la relación entre los precios de la carne de añojo y de pollo, vino oscilando entre 1,45 en 1982 y 2,19 en 1988, con una media de 1,83; en cuanto a la relación entre los precios de la carne de añojo y la de cerdo, en igual período, vino dándose entre 1,33 y 1,80, con una media de 1,52. Aparece bastante claro el desplazamiento de la demanda final hacia las carnes de pollo y cerdo, comprobándose empíricamente como en el arco de tiempo considerado el descenso de los consumos unitarios de pollo y cerdo son excepcionantes, mientras los niveles del vacuno son fluctuantes.

Cuadro IV

Importación de carne de vacuno, según formas en 1992 (t), y su valor

Concepto	t	000 ptas.
Carne refrigerada	26.766	17.875.907
Carne congelada	28.651	10.686.533

Fuente: Elaborada sobre datos de la Dirección General de Aduanas.

Cuadro V

Importación absoluta (refrigerada y congelada) de carne de vacuno en t

Años	t
1990	21.133
1991	53.488
1992	55.417

Fuente: Elaborada sobre datos de la Dirección General de Aduanas.

A ello hay que añadir que dentro de la sustitución triangular señalada, no caben otras carnes sustitutivas ni aún a plazo más que medio, ya que el precio es factor excluyente para el ovino y para el conejo la desfavorable relación carne/hueso respecto al precio impide, al menos en un plazo prudencial, una expansión sensible de su consumo; en cuanto a la demanda de carne de ave, seguirá dominada por el pollo, y pese a las intenciones de algún autor no hay alternativa dentro de las especies avícolas (Paz Sáez, 1986), ya que únicamente la codorniz y el pavo han tenido algún incremento, pero éste último en alta proporción como forma elaborada.

En cuanto a la carne de vacuno, su producción intensiva, cuyo origen fue altamente alentado por la Administración, ha venido suponiendo cada vez mayor proporción sobre el total de carne de esta especie (podría aceptarse el 40%, como media del último trienio, que llegaría al 58,3% exceptuando la carne de ternera), y aunque la evolución del coste ha sido decreciente, en relación a la producción de pollo y cerdo, forzosamente resulta cara, tanto más cuanto que la alimentación se vino basando en el aporte de concentrados (en los iniciales años 70, el maíz y la cebada suponían el 75% de la ración, alcanzando el 97% con la soja. A finales de los años 80, la FEFAC fija en el 63,1% el aporte de cereales, lo que venía a suponer un 32% más que la media de la CEE).

Aunque no sea motivo de atención en este lugar, obsérvese que mientras el precio de los terneros resultaba inferior a la media comunitaria (Colino, 1984), no era así para los añojos, ni para la carne, lo que apunta al alto coste del proceso productivo en nuestro país, pese al alto tonelaje de maíz importado a precio internacional que incide sobre el coste de alimentación, primer rubro del coste de producción.

Por otra parte, con independencia del grado de aprovechamiento de la energía por los rumiantes —y por lo tanto en la producción de añojos— respecto a los monogástricos, el cebo de terneros no resulta más fácil de racionalizar que la producción de pollo y cerdo; si a ello se une el que no hay ninguna razón para que el proceso de distribución —desde el matadero hasta la venta al consumo— sea de mayor simplicidad que el de otras carnes —incluyendo el ganado vivo— se comprende que el precio al consumo resulta alto respecto al resto de las especies, y por tanto permita con cierta amplitud el fenómeno de la sustitución en función de los precios relativos que ejercen todo su poder en los momentos de depresión económica (hay que tener en cuenta que siempre se da un cierto desfase entre la baja de ingresos y la retracción del consumo).

Insistimos en que el hecho de la sustitución de la carne de vacuno por otras se ha visto reforzada por la diversificación que han venido teniendo los elaborados de cerdo, cuya industria ha venido adaptándose bastante bien a la coyuntura (Paz Sáez y Hernández Crespo 1989) por cuanto fue presentando toda una gama de precios para el mismo tipo de producto u ofertando nuevas variedades, la mayor parte formas de productos ya conocidos.

Estos hechos determinan que todavía a la altura de 1993 la propensión al

consumo de carne de vacuno sea alta, máxime cuando la magnitud de la elasticidad –precio disminuye lentamente ante los sucesivos incrementos del consumo; así que no debe parecer exagerado que aceptando un consumo unitario ligeramente superior a los 12 kg año, lleguemos a estimar un coeficiente de elasticidad frente al precio para la 1.ª clase de carne de añojo del orden del 1%, lo que sin más insistencia hace ver la importancia que tiene la reducción del precio a efectos del incremento del consumo, a lo que hay que unir que la carne fresca de cerdo, y sobre todo la de pollo, presentan una elasticidad mucho más reducida (esta última carne, sobrepasando ya los 20 kg, va tendiendo a hacerse inelástica).

Ahora bien, en relación con el consumo global de carne de vacuno y el efecto de sustitución, no hay que olvidar la que se establece entre las diversas categorías de esta carne, sobre lo que ya se han ocupado diversos autores (Hernández Crespo 1977; Sobrino, 1980; Viñarás 1983; Vandenberghe y colab. 1988, etc.), y que hemos venido poniendo de relieve desde 1981.

El hecho tiene importancia porque muestra que un aumento en el volumen global consumido puede ser concomitante con un descenso cualitativo, o dicho de otra manera, que una evolución creciente en el consumo cárnico puede coincidir con una regresión en la calidad de vida; no obstante conviene dejar claro:

a) Estos traslados del consumo, cuyo motor básico es la evolución del precio, no suponen necesariamente detrimento en el orden nutricional.
b) La regresión de las formas gastronómicas tradicionales que, en el caso del vacuno, sea limitada la sustitución de las carnes de 1.ª categoría por cortes de clase inferior. Es decir, culinariamente la sustitución de fritos y asados por guisos, de hecho, se encuentra limitada, apareciendo la carne picada (gran número de veces mezcla de carne de vacuno y porcino, incluso en hamburguesas), como forma sustitutiva.

En esta línea hay que señalar que para el vacuno la carne importada juega un escaso papel, porque: 1.º Si en el pasado tuvo alguna importancia (en régimen de Comercio de Estado) como instrumento de contención de precios en el mercado interior, aunque los efectos no fueron muy satisfactorios, en la actualidad con un mercado libre la importación (1992) solamente supuso el 11,25% sobre la producción. 2.º Salvo cantidades reducidas que absorbe el consumo institucional, el grueso de la importación (el 51,7%, fue en forma congelada en 1992), va con destino a la industria. 3.º Al mercado de consumo final, cuando más, saldrá el 48% de la importación (26,766 t, en 1992) que es la proporción de carne bovina refrigerada, y exceptuando lo destinado a Canarias, Ceuta y Melilla (el 19% de toda la carne refrigerada), solamente quedarían 21,710 t, lo que por un simple cociente hace ver lo reducido que puede ser el impacto en el consumo familiar. 4.º La carne congelada de vacuno nunca tuvo una gran aceptación por el consumo por lo que sólo puede entrar como sustitutivo de forma marginal (distinto es el caso del ovino, teniendo en los últimos años una elevación su consumo) (**cuadro IV**).

Por otra parte, y aunque esté fuera de nuestro propósito, conviene señalar que la mayor parte de la carne de vacuno importada tiene procedencia comunitaria, siendo tanto para la forma congelada como refrigerada, Bélgica, Francia y Holanda, los mayores suministradores, pero son notorios los esfuerzos de Irlanda, Gran Bretaña y Alemania por penetrar en el mercado español que puede verse favorecido por el Mercado Unico, aunque no parezca factible a plazo reducido el que puedan colocar volúmenes de alta cuantía, pese a que la marcha de la importación global de carne de vacuno viene siendo creciente (**cuadro V**).

No se trata tan sólo de elucidar la evolución del consumo total de carne bovina, ya que, entre otros motivos, hemos dicho que las macrocifras en cierto modo pueden ocultar la realidad, por lo que desde distintos puntos de vista interesa conocer la estructura interna del consumo.

A este respecto conviene señalar que tradicionalmente, y hasta entrada la década de los años 60, la única cualificación real en el consumo de carne de vacuno venía dada por la ternera (la de algunas procedencias geográficas llegaban a tener alto precio en el mercado), viniendo la gran mayoría del consumo dada por la de vacuno mayor t de novillo (vacuno menor). Es en el tránsito de la década de los 60 a la de

La mayor parte de la carne de vacuno importada por España tiene procedencia comunitaria, siendo Bélgica, Francia y Holanda los mayores suministradores.

La Confederación Internacional de Carniceros ha denunciado en Bruselas el peligro de formaciones monopolísticas en el suministro de carne.

los 70, cuando la coyuntura económica y el apoyo de la Administración hizo aparecer la producción de carne de añojo (la estadística oficial la consigna a partir de 1970).

Desde este momento es este tipo de carne el que domina el consumo, de tal forma que si en 1970 supone el 34,9% del consumo de vacuno, en 1990 llegó al 76,6%; es decir en 20 años tuvo un crecimiento del 41,7%, equivalente a un incremento anual ligeramente superior al 2%, como promedio, de manera que puede tomarse como el tipo representativo del consumo —y la producción— de carne de vacuno, desde el momento que es el añojo el que imprime carácter a la serie evolutiva de su producción y consumo.

En cuanto a los otros tipos de carne bovina hay que señalar que la ternera desde los finales años 60, ha pasado a ser un bien de producción con la aparición de los cebaderos de cría intensificada. Sin embargo, la carne de ternera sigue manteniendo su alta cualificación pero su alto precio retrae fuertemente el consumo de forma que, muy aproximadamente, desde 1988 puede considerarse a un nivel mantenido del orden de los 800 g (en la temporada 1992-93, es posible que se haya dado algún descenso).

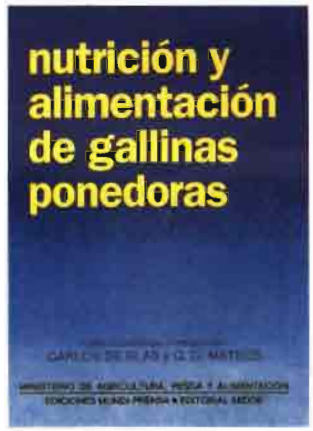
Por supuesto que el consumo de este tipo de carne (alrededor del 6,3% del total de vacuno) se presenta fuertemente ligado a la evolución de renta y precio, pero también es verdad que la crisis que se abre a los cebaderos ante el mercado competitivo y la normativa comunitaria, va a ir determinando nuevos sistemas de explotación del vacuno sobre la base de la producción con tierra, en los cuales la producción de terneras para matadero puede tener un significado importante; si esto es así, sería posible la atenuación de los precios diferenciales con la carne de añojo (a igualdad de la pieza cárnica, claro es) con lo que se daría, con seguridad, un alza de consumo. Téngase presente que Holanda, país al que España compró 8.736 t de carne de vacuno en 1992, pone todo énfasis de su publicidad en la carne de ternera (Holanda es el mayor productor mundial de éste tipo de carne vacuna).

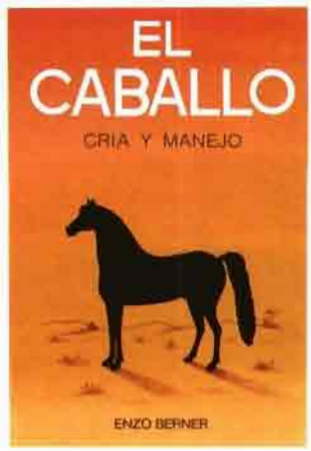
Por lo que se refiere a la carne de vacuno menor (novillo) cabe decir que en el pasado inmediato a la aparición masiva de la carne de añojo, la de vacuno menor supuso un principio de cualificación en el consumo ordinario de carne bovina; a partir de tal momento el consumo de este tipo de carne ha venido estando en regresión de tal manera que a estas alturas escasamente su producción llega al 5% del total obtenido, expresado en peso canal, lo que referido al consumo vendría a suponer una proporción inferior al estimado para la carne de ternera, cuando en 1969 (año anterior a la constancia estadística de la carne de añojo) vino a suponer una proporción del orden del 31%.

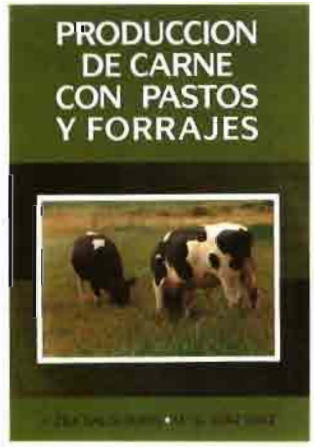
El hecho es lógico, ya que el desarrollo de los sistemas de producción intensificada hizo que los terneros fueran pasando a los cebaderos para la producción de añojos quedando una producción residual mantenida, fundamentalmente, en las explotaciones con tierra, lo que necesariamente supone un mayor tiempo de cría para lograr pesos a la canal análogos a los del añojo de cebo, con menor aprecio por el consumo. Análogamente a lo dicho para la carne de ternera, si la política restrictiva de la Comunidad lleva, a mayor o menor plazo, a la explotación del vacuno sobre la producción del suelo, la carne de novillo llegaría a revalorizarse, apoyada en una reducción de precios.

En cuanto a la carne de vacuno mayor, en una gran proporción es absorbida por la industria (hamburguesas, platos precocinados, carne picada y tipos charcuteros, suponen una buena parte), aunque como señala Hernández Crespo, desde siempre las mejores piezas, sobre todo lomo y solomillo, han salido para el consumo en fresco (la hostelería es el mejor cliente), contando, además, con que la cocina tradicional hace uso de este tipo de carne vacuna.

En general, y si las condiciones económicas no se deterioran excesivamente, la tendencia actual del consumo continuará en el mismo sentido, pudiendo dar lugar a excedentes de







MANEJO DE LA REPRODUCCION EN GANADO PORCINO
A. Daza
162 págs. Ptas. 2.200

NUTRICION Y ALIMENTACION DE GALLINAS PONEDORAS
C. de Blas y otros
263 págs. Ptas. 3.500

TRATADO DE PORCINOCULTURA III. LA CANAL Y LA CARNE PORCINA
A. Concellón
412 págs. Ptas. 5.000

EL CABALLO
E. Berner
187 págs. Ptas. 2.800

APICULTURA
P. Jean-Prost
725 págs. Ptas. 4.500

PRODUCCION DE CARNE CON PASTOS Y FORRAJES
E. Zea y Mª D. Díaz
389 págs. Ptas. 3.600

LA OVEJA
Torrent
244 págs. Ptas. 1.500

ALIMENTACION DE BOVINOS, OVINOS Y CAPRINOS
INRA
432 págs. Ptas. 4.200

ESPECIES USADAS EN PELETERIA
C. Bosch
507 págs. Ptas. 7.000

HELICICULTURA
R. Cuellar
138 págs. Ptas. 1.400

GANADO OVINO
A. Fraser y J. T. Stamp
358 págs. Ptas. 4.200

PATOLOGIA DE LOS ANIMALES DOMESTICOS
K.V.F. Jubb
1.950 págs. 3 vols. Ptas. 18.000

REPRODUCCION EQUINA
D. P. Neely y otros
190 págs. Ptas. 1.900

RAZAS DE GALLINAS ESPAÑOLAS
F. Orozco
216 págs. Ptas. 2.000

ALIMENTOS Y ALIMENTACION DEL GANADO
D. C. Church
830 págs. 2 vols. Ptas. 7.100

REPRODUCCION DE LAS AVES
Sauveur
350 págs. Ptas. 3.900

Ediciones Mundi-Prensa
Castelló, 37 • 28001 Madrid
☎ (91) 431 33 99*
Telex 49370 MPLI E - Fax (91) 575 39 98
(91) 431 34 59

Envíe este cupón a: Mundi-Prensa o a su librero
Deseo me envíen: ☐ CATALOGO GENERAL
☐ LIBRO (contra reembolso):
NOMBRE Y DIRECCION:

producción, sobre todo a corto plazo, o algo más, ante la matanza de vacas como consecuencia de las restricciones de la PAC.

Si a vista de la evolución del consumo y su estructura interna, se pretende hacer un estudio comparativo, el propósito choca con las dificultades que suponen las insuficiencias estadísticas. En efecto, aunque por lo común las fuentes estadísticas europeas son más completas y seguras que las nacionales, ello no supone la absoluta fiabilidad en todos los casos, ni la ausencia de contradicciones de importancia según el origen.

Por nuestra parte, el consumo dado en las series cronológicas anteriores se expresa sin grasas ni despojos, y muchas veces como resultado del contraste entre varias fuentes (en ocasiones los datos de las organizaciones profesionales son mucho más fiables), y es posible que estén infravaloradas, por lo que si a la cifra de los últimos años se le agrega correspondiente a las carnes de conejo, caprino, équidos, caza y aves no gallináceas, vendría a resultar para comienzos de 1993, una cifra global del orden de los 70 kg, que no puede juzgarse exagerada. Lo que no puede decirse, a nuestro entender, de los últimos datos facilitados por la Asociación Europea de Carniceros, asignando a los consumos nacionales niveles demasiado altos, y, por tanto, exagerando la media comunitaria; no obstante aceptando la cifra de 93 kg, que da como media de la CEE, si en ella se incluyen todas las carnes y los despojos resultaría que el consumo español queda un 25%, aproximadamente, por debajo del nivel comunitario —pudiera aceptarse algo menos— lo que, en último extremo, señala que la diferencia se viene manteniendo. Esto no puede decirse si nos referimos a la carne de vacuno para la que la ventaja comunitaria parece aumentar.

Todo ello puede explicarse, en gran parte, en función de la coyuntura. En efecto en el quinquenio 1987-1992, la situación económica española tuvo una inflexión por lo que ha venido siendo sucesivamente desfavorable, tanto más cuanto que la distribución social de la renta resulta bastante deficiente (2.207.000 parados como promedio en el período; 4 millones de personas bajo el umbral de pobreza; jubilaciones anticipadas; disparidades regionales —Extremadura, en 1992, tuvo una renta equivalente al 69% de Baleares).

En tal situación no se propician significativos incrementos del consumo; sin embargo es constatable, sea cual sea la base estadística, el aumento de la carne incluyendo la de vacuno, pese a que a la mala coyuntura hay que agregar cierta retracción, para todas las carnes rojas, y especialmente para la de vacuno, originada por las noticias sobre presencia de restos de estimuladores tóxicos del cebo (esencialmente clembuterol) y de enfermedades (el caso de la perineumonía).

No obstante, el traslado del consumo a carne de menor precio y elaborados cualitativamente inferiores, y el que, como promedio, el precio de las carnes se hayan venido incrementando por debajo del IPC (la inflación más grave, y hasta ahora imparable, es la subyacente), explican, pese, a todo, el ligero aumento en el consumo cárnico total y de vacuno.

En cuanto a la Europa comunitaria las circunstancias, aunque no tan agudamente como en el caso español, tampoco resultaron favorables (baja del PIB, aumento del paro) incluso con la retracción por la aparición de enfermedades (encefalitis espongiforme en el vacuno de Gran Bretaña); de hecho el consumo de carne de vacuno en Alemania, durante 1992, descendió el 6,2% respecto al año anterior, y el 1% en Italia, no siendo conocidas las cifras de Gran Bretaña, aunque se sabe que descendió el nivel de consumo, siendo también sospechado en Bélgica y quizá en Francia para la temporada 1992-1993.

En cuanto a la posible evolución en el próximo futuro, hay que partir de la base de que nuestro nivel de consumo de carne vacuna es todavía muy reducido, lo que implica que la demanda potencial se mantiene alta, por lo que su plasmación en consumo real va a depender esencialmente de la evolución de las dos variables explicativas fundamentales: renta y precios.

La primera es una variable exógena y su prospección equivaldría a enjuiciar el modelo económico general, lo que evidentemente se sale fuera de nuestro marco, pero una visión general de los parámetros macroeconómicos fundamentales y su perspectiva no permite ser optimista a plazo prudente.

Sobre el precio, sin entrar exhaustivamente en su análisis, no se puede perder de vista que el consumo reaccione frente al precio a que se le oferta, lo cual supone el precio de producción de la carne más el precio de distribución. Ello significa que el coste que viene dándose para el cebo intensivo de terneros no va a poder ser mantenido en un mercado de libre competencia con rentabilidad para la empresa cebadora sin tierra. A ello hay que unir el margen bruto que se forma desde la matanza hasta la venta al detalle.

Entrar en ello supondría un estudio específico, empezando por la problemática de los mataderos, respecto a la cual la Confederación Internacional de Carniceros acaba de denunciar en Bruselas el peligro de formaciones monopolíticas en el suministro de carne: en cuanto al último escalón distribuidor hay que decir: a) el 87% del consumo se realiza en los hogares. b) el 59% de la carne de vacuno se adquiere en las carnicerías de tipo tradicional (llegando al 84% si se incluyen los autoservicios).

Todo ello muestra que la demanda de carne de vacuno presenta dos centros de interés: a) Los presupuestos familiares (renta familiar disponible), y b) Reducción del margen bruto de distribución, respecto a lo cual —y refiriéndonos exclusivamente al proceso comercial— cabe decir que se presenta difícil, por la situación en que se hallan los mataderos, y lo fragmentario de las ventas finales, pese a que las llamadas grandes superficies, aunque lentamente, van aumentando sus ventas (en parte ello depende de los equipamientos familiares).

Finalizamos diciendo que en la reducción del precio al consumo se guardan grandes reservas para el incremento del consumo de carne de vacuno, tanto más cuanto que para la carne fresca los niveles de la de cerdo y pollo van ya altos; en consecuencia, y prescindiendo del proceso de producción, la atención máxima debe centrarse en la cadena de distribución comprendiendo desde la venta de los animales, hasta la venta de la carne al detalle, cuya racionalización vendría a ser el objetivo fundamental en una política de consumo.